

VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2016.

Los cortes en el cuerpo y su orientación al otro.

Bower, Lorena.

Cita:

Bower, Lorena (2016). *Los cortes en el cuerpo y su orientación al otro. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-044/668>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eATh/uFt>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LOS CORTES EN EL CUERPO Y SU ORIENTACIÓN AL OTRO

Bower, Lorena

Facultad de Psicología, Universidad Nacional de San Luis. Argentina

RESUMEN

La vida contemporánea discurre gobernada por la globalidad, el capitalismo salvaje, el neoliberalismo a ultranza, la segregación, la repelencia y el desamparo del otro. Bajo estas coordenadas el sujeto se repliega desde lo psíquico hacia el cuerpo, vía privilegiada de expresión de su malestar demostrando que el cuerpo tampoco escapa a las prescripciones y las prerrogativas que hacen de la cultura un ejercicio pautado de normas. Emergen así usos posmodernos del cuerpo entre los que se cuentan la tendencia a marcarlos, a cortarlos, a perforarlos. La cisura se alza como retrato de una sociedad en la cual la crueldad hacia el otro es cada vez más castigada y, en contrapartida, se ha multiplicado la tendencia a la autodestrucción. Tendencia que parece arraigar con fuerza entre los jóvenes. Las autoinjurias constituyen un campo heterogéneo en el cual es posible considerar que diferentes modalidades del mismo que se distinguen por su operación psíquica particular. En este escrito se propone abordar el estatuto de aquellos casos en los cuales el corte posee una clara una orientación, una direccionalidad y se inscribe como un modo específico de relación al Otro.

Palabras clave

Cultura actual, Adolescente, Autolesión, Otro

ABSTRACT

THE CUTS IN THE BODY AND HIS ORIENTATION TO OTHER

The contemporary life thinks up governed by the globalitation, the wild capitalism, the neoliberalism extreme, the segregation, the revulsion and the abandonment of other one. Under these coordinates the subject withdraws from the psychic thing towards the body, privileged route of expression of his discomfort demonstrating that the body does not also escape to the prescriptions and the prerogatives that do of the culture an exercise ruled of procedure. They emerge postmodern uses like that of the body between those who tell themselves the trend to mark them, to cutting them, to perforating them. The cutting raises as portrait of a company in which the cruelty towards other one is increasingly punished and, in counterpart, the trend has multiplied to the self-destruction. Trend that seems to take root strongly between the young persons. The auto-damages constitute a heterogeneous field in which it is possible to consider that different modalities of the same one that differ for his psychic particular operation. In this writing it proposes to approach the statute of those cases in which the cut possesses a white of egg an orientation, a adressing and one inscribes as a specific way of relation Other one.

Key words

Current culture, Teen, Autoinjury, Other

Lo más profundo que hay en el hombre es la piel
Valery, P. 1932

La vida contemporánea discurre gobernada por la globalidad, el capitalismo salvaje, el neoliberalismo a ultranza, la segregación, la repelencia y el desamparo del otro. La tecnología y la tecnociencia bombardean al sujeto tanto como la política distorsionada y los discursos magníficos erigiéndose como figuras de las diversas dimensiones de lo real y conformando modos de subjetivación en los que destaca una aparente “locura”.

En este contexto el sujeto se repliega desde lo psíquico hacia el cuerpo, vía privilegiada de expresión de su malestar. El cuerpo adviene como lienzo en el cual se plasman los padeceres.

El corpus, materia de la cual está hecho el hombre, cuerpo que en el curso de la historia se vio acompañado de diversos adjetivos: “físico”; lo “somático” o lo “orgánico”. El cuerpo fue inicialmente concebido como: principio de generación material (física); cómo dato –principio (somático) y por último, como disposición articulada de órgano (organismo); esto deja claro que se trataba de una noción que reunía en su seno: *physys* (naturaleza); *soma* (cuerpo) y *organikos* (órgano/instrumento).

Sin embargo, tampoco el cuerpo escapa a las prescripciones y las prerrogativas que hacen de la cultura un ejercicio pautado de normas. Avanzando desde las culturas premodernas donde el cuerpo no podía disociarse de la comunidad, la naturaleza y el cosmos hacia una modernidad en la cual el paradigma médico- biólogo da forma a un cuerpo-maquina, con funcionamiento mecánico, autónomo y factible de ser intervenido y reformado; decir “lo orgánico” remite a ese cuerpo entendido como dispositivo instrumentado. Con esos desarrollos el cuerpo real será aquel que responde a lo orgánico, que se agota en el organismo; deslizándose las nociones de “físico” y “somático” a la metafísica primero y luego a la psicología. En este punto se halla la consideración que ha dado sustento a la medicalización y biologización de las prácticas y los discursos sobre el cuerpo, aquella que afirma: *la organicidad es lo que constituye la corporeidad*.

Puede suceder, no obstante, que debajo de ese cuerpo surja algo, un resto, un dolor intempestivo sin causa aparente, un goce inabordable, que permite sospechar que en ese cuerpo también late una vida que parece desafiar, en parte, a la “vida orgánica”, o darle otra significación.

De lo que se trata entonces es de fijar como punto de partida que el cuerpo *no es la mera resultante de un interjuego de órganos*. La introducción de lo inconsciente por la pluma freudiana va a impugnar esa idea organicista para abrir perspectivas clínicas decisivas que responden a la “doble vida” del cuerpo. Algo excede la biología y es sobre ese otro cuerpo que se procura establecer alguna marca con el tatuaje o las cicatrices aún cuando el sustrato sea la dermis.

LAS INTERVENCIONES SOBRE EL CUERPO

La práctica de marcar los cuerpos es tan añeja como la cultura

misma. Estas marcas han atestiguado las relaciones de los sujetos con los dioses; han servido para vincularse y diferenciarse de otros; siendo prácticas esencialmente simbólicas que daban cuenta de inscripciones en el sujeto. Conforme pasó el tiempo este estatuto social comenzó a desvanecerse y la inscripción pasó a ser un estandarte de individuación e incluso de reivindicación de algunos grupos sociales.

En la actualidad se extiende entre los jóvenes la tendencia a marcar sus cuerpos, a cortarlos, perforarlos haciendo de ese sustrato biológico un medio para dar cuenta de lo que ocurre en su cotidianidad. Las intervenciones sobre el cuerpo se alzan como retrato de una sociedad en la cual la crueldad hacia el otro es cada vez más castigada y, en contrapartida, las autolesiones se propagan y generalizan con celeridad.

Se advierte que “la sociedad posmoderna al acentuar el individualismo, al modificar su carácter por la lógica narcisista, ha multiplicado las tendencias a la autodestrucción” (Lipovetsky, 2002, p. 212).

Al decir del citado autor, el proceso de personalización engendra un tipo de personalidad incapaz de afrontar las pruebas de lo real. Destaca que entre los jóvenes, privados de referencias y anclaje social, la fragilidad y la vulnerabilidad aumentan y es ese estado de orfandad lo que los convierte en suelo fértil para la emergencia de conductas autodestructivas.

“Los jóvenes, hasta entonces relativamente preservados de los efectos autodestructivos del individualismo por una educación y un enmarcamiento estables y autoritarios, sufren sin paliativos la desubstancialización narcisista, son ellos quienes representan ahora la figura última del individuo desinsertado, desestabilizado por el exceso de protección o de abandono” (Lipovetsky, 2002, p. 212).

La práctica de las autolesiones evidencia uno de los usos posmodernos del cuerpo, un cuerpo que al decir de Nasio (2006): “está como estallado; este cuerpo no es el mismo que aquel de mil años atrás. Nuestro cuerpo no es el mismo, aunque tenga la misma forma” (p. 74).

Asimismo, el autor establece un nexo irrefutable entre las prácticas sobre el cuerpo y los discursos contemporáneos al señalar que los modos actuales de lesión sobre el cuerpo no existían antes sino que constituyen heridas propias de época. (p. 75).

Las autoinjurias aparecen como algo propio de la contemporaneidad, congruente con los axiomas que promulgan la actitud de búsqueda de lo extremo, de poder hacerlo todo, todo el tiempo y en gran medida. Cada milímetro de piel es explorado, auscultado y lacerado en un actuar solitario que busca mostrar el poderío individual. Soslayar lo incontrolable, lo desbordante es la premisa.

Este fenómeno se ha instalado en el espacio social y ha adquirido un nombre y un sentido de masividad indiscutible, particularmente entre los adolescentes franja etaria en la cual el fenómeno se propaga y difunde con fuerza arrasadora e incluso con ribetes que, en ocasiones, recuerdan al contagio histérico freudiano. Así lo informan las imágenes de facebook, instagram, twitter, plagadas desafíos del tipo: “quien se corta más”; “quien más aguante, es el mejor” o bien con campañas en las redes en las cuales jóvenes ofrecen imágenes de sus brazos lacerados como ofrenda para que un “ídolo teen” deje de consumir drogas[i].

Sin embargo y pese a la masividad de la práctica, resulta central la consideración respecto de que el campo de los sujetos que se autolesionan no es un campo homogéneo, sino que por el contrario, se define por la heterogeneidad. Dartiguelongue (2010) es quien realiza el señalamiento anterior a la vez que indica que es posible hallar casos en los cuales los cortes constituyen una operación sobre el goce en las psicosis; otros casos donde el cortarse se configura al modo

de un acting out; casos donde responden a una estructura perversa; otros donde el corte se funda en una identificación histérica, etc.

En los relatos de quienes incurren en la práctica del cutting aparece con frecuencia la remisión a que el corte aparece frente a un dolor/situación imposible de soportar. Frente a un alza de tensión que no puede ser tramitada por la palabra, el corte asoma como un modo de descarga, provee un dolor controlado, un dolor (físico) que gobiernan. El sujeto controla cuanto se hunde el filo en la carne, cuánta sangre quiere que mane, cuánto dolor propinarse. En tal sentido Doctors (1981) precisa que la incisión no conlleva intención suicida, sino que se trata de una operatoria que requiere de un minucioso y milimétrico control de la cisura, lo cual no puede sino resultar paradójico en relación al descontrol impulsivo que le dio origen.

EL CORTE Y SU ORIENTACIÓN AL OTRO

Para cernir algunas de las trazas esenciales del fenómeno del cutting y pensar su estatuto en primer lugar debería señalarse que estas cisuras se sitúan por fuera del campo de las formaciones del inconsciente. Aquí se trata de una lesión que recae en lo real del órgano, en la epidermis y afecta al sustrato biológico antes que a la imagen del cuerpo.

Tampoco es posible considerarlas dentro del ámbito de las psicósomas aun cuando guarde algunas similitudes con esas presentaciones, esto en tanto también en las autolesiones se evidencia una falla en el intervalo entre los significantes, resultando una cadena sin intervalos, holofraseada.

Vale recordar brevemente que al decir lacaniano el significante no puede significarse a él mismo, representa a un sujeto para otro significante. El sujeto neurótico es representado en la discontinuidad del significante. En la holofrase, el sujeto ya no aparece más como equívoco sino que deviene inseparable de una especie de monolito S1 - S2. La solidificación significativa se opone al efecto de metáfora y el sujeto no aparece como falta, como discontinuidad, sino petrificado. En tal sentido, la holofrase es otro modo de dar cuenta de la forclusión cuando no es el Nombre-del-Padre lo que está puesto en primer plano. Consecuentemente, en ambas presentaciones, se advierte una dimisión en la operatividad de la función paterna.

Luego, las autolesiones no constituyen un síntoma en sentido estricto sino que se adscriben, más bien, a las patologías del acto. Falta en ellas el *ir y venir de las lanzaderas* que Freud proponía como funcionamiento prototípico del inconsciente y según el cual los síntomas harían gala de una envoltura formal, simbólica que está ausente en estas presentaciones actuales. Aquí lo que prima es lo pulsional que resiste todo atravesamiento simbólico.

Las autolesiones constituyen una práctica autoerótica, que carece de la función estética presente en el piercing o en el tatuaje, grafías que se ofrecen a la mirada del Otro. Igualmente, en los cortes la orientación hacia el Otro sólo se colige a posteriori, revelando que su fin no es la producción de una marca, sino su efecto que al ser tenido en cuenta por el Otro, o no, adquiere su valor de mostración. En el Curso de su onceavo Seminario (1963-1964), Lacan, teorizará la constitución del sujeto apelando a dos operaciones unidas un losange. En ese interjuego operatorio establece que el sujeto se funda en el campo del Otro, que no hay nada semejante a un sujeto causa-sui. “El Otro es el lugar donde se sitúa la cadena del significante que rige todo lo que, del sujeto, podría hacerse presente, es en el campo de ese ser viviente donde el sujeto tiene que aparecer” (Lacan, 1992, p. 212).

Continúa señalando que:

“Al producirse en el campo del Otro, el significante hace surgir el sujeto de su significación. Pero sólo funciona como significante re-

duciendo al sujeto en última instancia a no ser más que un significante, petrificándolo con el mismo movimiento con que lo llama a funcionar, a hablar, como sujeto” (Lacan, 1992, p. 212).

El sujeto confrontado con los significantes que devienen del Otro se hace él mismo significante; en el curso de este movimiento denominado alienación el sujeto encuentra su insignia, emerge en el Otro aún reducido a un mero significante.

La acción del significante sobre el sujeto introduce el corte, de modo que toda relación con el Otro se engendra en un proceso de hiancia surgido de la estructura del significante. El lenguaje recorta, esculpe, se trata del “efecto de cizalla que entraña el lenguaje para el animal que habla” (Lacan, 2004, p. 40); hay sujeto en tanto el significante cisura el cuerpo delimitando zonas erógenas y bordeando a la pulsión. El significante opera produciendo cortes que son marca, inscripción.

Asimismo, Lacan, establece que la libido es un órgano “irreal” capaz de encarnar y que una de las formas más antiguas de “encarnadura” lo constituye el tatuaje, la escarificación. Refiere que la incisión tiene, además de un valor claramente erótico, la función de ser para el Otro, de situar allí al Sujeto señalando su puesto en el campo de las relaciones del grupo entre cada uno y todos los demás (1992, p. 214).

La cisura, ya sea que adopte la forma de un corte; un tatuaje; una escarificación, comporta siempre una operatoria libidinal por medio de la cual *el sujeto procura asilarse en el Otro*. La marca permite emplazarse en relación al Otro, surgir en él como algo que “es”, un significante que a la vez que permite existencia fija su puesto en el Otro aún más que su falta. Ser en el Otro constituye la única garantía de “ser” entre los pares, tal cual lo afirmaba Freud en “Psicología de las masas” (1930).

Se trata de una operatoria alienante, que puede ser claramente contrapuesta a aquella otra que se vislumbra tras la pregunta por el deseo del Otro; el “Che vuoi?” inicia la separación y con ello la emergencia del propio deseo.

Desde esta operatoria de separación también es posible contemplar el valor de las marcaciones corporales pero ya no como intento de alojarse en el Otro sino, por el contrario, cortes que se realizan con el único fin de separarse del Otro.

El sujeto corta su carne con el objetivo de parirse del Otro, es “una pasión que se traduce en una repetición obscena de los gestos de carácter mortífero: el gesto de cortarse... del Otro pero también el de (se) darle muerte” (Brocca, 2007, p.68). El sustrato de este accionar lo funda una identificación de tipo melancólica, es la introyección del objeto la que se muestra en primer plano y suscita los derroteros posteriores en los que el corte aparece como intento de separación (Dartiguelongue, 2010, p.31).

La procura de dañar al Otro se efectiviza por la vía de dañar el propio cuerpo, se atormenta el propio cuerpo para alcanzar el cuerpo del Otro, es automutilación dirigida a Otro al que se ansía lacerar. En tanto el Otro ha engullido al sujeto, el corte sobre el cuerpo es un intento de retraerse del Otro; *el sujeto se mortifica en su cuerpo para mortificar al Otro*. El sujeto se corta intentando conmovir al Otro y hacerse un lugar en él.

Lo precedente deja entrever que hay detrás de estas prácticas un plus que trasciende el mero daño tisular. Se trata de una dimensión ligada al valor de compensación que la estructura real-imaginaria del corte asume ante los efectos asoladores de la falta (falla) de inscripción significante o simbólica. Se puede considerar las autolesiones como un lenguaje que, anclado en lo somático, se *utiliza el cuerpo en lugar de palabras*; el acto sobre la simbolización.

Entonces, si la función del corte es emplazar al sujeto en el Otro es

posible pensar que esta práctica se inscribe también como mensaje dado al Otro; conformando un acting out y diferenciándose del pasaje al acto puesto que son escasas las oportunidades en las que la sajadura tiene por objeto provocarse la muerte. El corte es “llamado” antes que “salto (jump) in-mundo”.

Se evidencia en estas prácticas la presencia del elemento visual, escópico sobre *algo* que se presenta esencialmente en el plano de la imagen y, por consiguiente, en el plano del registro imaginario. Es *algo*, en la conducta del sujeto, que se muestra; es la orientación hacia el Otro, el valor demostrativo lo que conforma el sesgo distintivo del acting out y que se halla perfectamente visualizable en estos fenómenos.

El cortarse adviene como el emplazamiento de una escena velada para el sujeto y destinada al Otro, es por medio de la sajadura que procura hallar una vía que lo emplace en el deseo del Otro; es también el recurso final para evitar caer por fuera del Otro (lo que constituiría el pasaje al acto) lo que le otorga, más allá de su operatoria a nivel imaginario, una función simbólica.

Esto deja entrever que ya no se trata de la basculación del fantasma sino de su realización lo que provoca un encuentro donde el sujeto no tiene lugar en el Otro sino como objeto de goce. “Si el otro sabe como gozarlo, entonces no hay lugar en el Otro para el sujeto sino en tanto objeto del goce” (Buchanan, 2010, p.25).

El corte, en tanto acting out, se instituye al modo de una reparación destinada a evitar la caída del sujeto por fuera del Otro; es un modo de poner en escena la pregunta por el lugar en el deseo y restaurar el intervalo cuando el fantasma ha fracasado en su función.

En sujetos en los que la operatoria de la identificación secundaria aparece deficitaria, en buena medida por la falta de insignias sobre las que apoyarla, las incisiones se instauran como un modo de sostener el deseo; la propia carne es cortada para captar la mirada del Otro. Se trata de una operación real ejecutada sobre un cuerpo entregado (sacrificialmente) a la mirada (gozosa) del Otro. En definitiva, lo que surge entre el sujeto y ese Otro es el resto, a, la libra de carne.

NOTA

[i] En junio del 2014 el hastag #cutforbieber se convirtió en Trending Topic inundando la red Twitter de imágenes de jóvenes laceradas como pedido para que el cantante deje de consumir drogas, muchas de ellas rezaban: “cuando dejes de drogarte, dejare de cortarme”.

BIBLIOGRAFÍA

- Brocca, C. (2007). Coloquio para el Laboratorio de Psicopatología y Psicoanálisis de Paris VII. Inédito.
- Buchanan, V. (2010). Bordeando la histeria. En ANCLA. Encadenamientos y desencadenamientos II. Revista de Psicoanálisis y Psicopatología de la Cátedra de Psicopatología II, Facultad de Psicología, UBA, Vol. 3, Buenos Aires.
- Dartiguelongue, J. (2010). El sujeto y los cortes en el cuerpo. Buenos Aires: Letra Viva.
- Doctors, S. (1981). The symptom of delicate self-cutting in adolescent females: a developmental view. *Adolescent Psychiatry*, 9.
- Lacan, J. (1992). Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós. Original de 1963-64.
- Lacan, J. (2004). Psicoanálisis, radiofonía y televisión. Barcelona: Editorial Anagrama. Original de 1977.
- Lacan, J. (2006). Seminario 10. La angustia. Buenos Aires: Paidós. Original de 1962-63.
- Nasio, J. (2006). Los gritos del cuerpo, Psicósomática. Buenos Aires: Paidós.